

CAPÍTULO XXIII

María Antonieta, rival de Mad. Dubarry. — Carreras de pollinos. — Respuesta picante de la delfina. — El peluquero Leonardo. Peinados fantásticos. — Casamiento del duque de Orleans con Mad. de Montesón. — El duque de Aiguillon. — Bate éste á los ingleses en Saint-Cast. — Contestación de la Chalotais. — Su encarcelamiento. — Intrigas. — Influjo de Mad. Dubarry. — Tribunal de justicia. — Mr. de Maupeón, hijo. — Apodo que le pone el mariscal de Brissac. — Liga contra Mr. de Choiseul. — El retrato de Carlos I. — La cocina de Mad. Dubarry. — El rey Choiseul. — La favorita y las naranjas. — La carta de Mad. de Grammont. — Destierro de Mrs. de Choiseul y de Praslin. — Demostraciones de simpatía que recibe el primero. — El abate Terray. — Su respuesta al rey. — Retrato de Choiseul por Luis XVI.

Durante algún tiempo se dirigió toda la atención en Francia hacia Mad. la delfina, y no se ocupaban de otra cosa, sino de lo que ella decía ó hacia.

No era difícil de juzgar María Antonieta, y bien pronto se supo á qué atenerse acerca de ella.

Como desde los primeros días, ó mejor dicho, desde las primeras noches, Luis XVI parecía haber tenido necesidad de hacerla olvidar algunas graves culpas que él había cometido, le dió carta blanca para sus caprichos y fantasías.

María Antonieta había sido educada en Schoenbrunn

con toda la libertad alemana, y lo que más trabajo la costó fué sujetarse al ceremonial francés. Mad. de Noailles, que era la encargada de dirigir á la joven princesa en este punto, cuando lo necesitaba, recibió de la delfina el sobrenombre de *Mad. de la Etiqueta*, con el cual se quedó después.

Por lo demás, María Antonieta había comprendido que para obrar á su modo necesitaba desde luego hacerse amar del viejo rey. Esto no la fué difícil; pues la princesa conoció el flaco de Luis XV y empezó sonriendo á su querida.

— ¿Qué empleo ocupa Mad. Dubarry en la corte? preguntó cierto día María Antonieta á Mad. de Noailles.

— Nada, respondió ésta algún tanto cortada, tiene á su cargo agrandar al rey y divertirle.

— En ese caso, replicó la delfina, prevenid á Mad. Dubarry que tiene en mí una rival.

Efectivamente, María Antonieta agradaba y divertía al rey. Linda, viva, noble, festiva, resuelta, apenas entró en la corte, esparció en su alrededor un perfume de juventud y de libertad que deleitaba al viejo rey. Era para Luis XV lo que la duquesa de Borgoña había sido para Luis XIV: así, pues, el abuelo idolatraba á su nieta, que por mañana ó por tarde, sin respeto alguno á la etiqueta, iba á recibir un ósculo paterno en traje de casa.

Los jardines de Trianón eran principalmente el teatro de sus locuras. Los jóvenes príncipes y las jóvenes princesas tenían allí sus carreras de pollinos, á imitación de las carreras de caballos que el anglomano duque de Chartres acababa de importar de Londres en París.

En una de estas carreras, cayó María Antonieta, y queriendo ayudarla á levantarse :

— Nada de eso, dijo, id á buscar á Mad. la Etiqueta, y ella os indicará el ceremonial que se acostumbra para levantar á una delfina que se cae de su pollino.

Esta ocurrencia era tanto más graciosa, cuanto que la delfina había caído del modo más indiscreto ; pero era harto linda, y sobre todo bastante bien formada para que aquel accidente causara gran pena ; y como el conde de Artois, en ausencia de su hermano, le hiciese cumplidos que el delfin no le hubiera hecho ciertamente :

— ¡ Vaya ! dijo María Antonieta, para montar en pollino es preciso estar hecha para poder caer.

La delfina era coqueta, y su tocado la ocupaba gran parte del día. María Antonieta tenía magníficos cabellos, y llevó hasta el último extremo el arte del peinado.

El primer artista, á quien confió su cabeza, fué un tal Larseneur ; por mucho tiempo se habían hecho peinar las damas por mujeres, y María Antonieta contribuyó á poner en moda los peluqueros.

Leonardo llegó á hacerse célebre, y era en efecto una notabilidad ; es verdad que se necesitaba mucha imaginación para secundar las ideas de María Antonieta. A él es á quien se deben los peinados fantásticos que hicieron furor durante cinco ó seis años ; peinados los más atrevidos y arriesgados.

Peinados erizos, peinados jardines, peinados ingleses, peinados montañas, bosques, galerías, que representaban al natural los objetos cuyos nombres llevaban.

Cuando se dió el combate de Mr. de la Clachetterie,

hubo peinados á la *Belle-Poule*, y las mujeres ostentaban fragatas de guerra en sus cabezas.

Leonardo, pues, tenía derecho de llamarse :
Académico de los peluqueros.

Para eso se intitulaba también la señorita de Bertin :
Ministro de modas.

En 1817 ó 1818 tuve ocasión de ver á Leonardo : era inspector general de pompas fúnebres, empleo que le habían concedido cuando solicitaba un privilegio para establecer la Ópera cómica.

La corte se distrajo un poco de la atención que había puesto en la delfina y se fijó en el matrimonio del duque de Orleáns con Mad. de Montesson, mujer encantadora, con la que vivía hacia mucho tiempo, según unos maritalmente, aunque otros aseguraban que ningún favor había obtenido de ella. El deseo de procurarse un apoyo para conservarse en buena amistad con el rey había acercado la persona del duque de Orleáns á Mad. Dubarry, pues con ella contaba principalmente para obtener de Luis XV el permiso de contratar aquella alianza desigual. Confió por lo tanto su proyecto á la favorita y ésta le contestó con aquel acento que le era peculiar :

— Casaos con ella sin cuidado, buen viejo, que al fin todo se compondrá.

Y en vista de esta promesa, que le aseguraba la protección de Mad. Dubarry, el *buen viejo* se casó sin pérdida de tiempo.

El matrimonio tuvo efecto, ó mejor dicho, se consumó secretamente en Villers-Cotterets, donde el duque de Orleáns había reunido toda su corte, que ignoraba ó parecía ignorar el objeto de la convocatoria, en la mañana del día fijado para la ceremonia por tanto tiempo esperada. El duque arregló por sí mismo

las diversiones de la jornada para todos sus convidados, como cazas, paseos en calesas, etc., etc., y en seguida se metió en su coche y se volvió á París para recibir la bendición nupcial, diciendo á sus más íntimos amigos al poner el pie en el estribo :

— Hasta la vista, caballeros, pues ya llega el momento de mi felicidad, siendo mi único disgusto el que no la celebre todo el mundó. Aunque os dejo, volveré y no solo, sino acompañado de otra persona que compartirá con vosotros la adhesión que manifestáis hacia mi persona é intereses.

En efecto, á las seis de la tarde se detuvo un coche en el patio grande : conducía al duque de Orleans que entró en el salón dando la mano á Mad. de Montesson, su esposa. Al punto el marqués de Valançay, uno de los más amigos del principe, se adelantó hacia ella y le dió el tratamiento de alteza, cuyo ejemplo fué seguido por toda la sociedad.

Llegado el momento de acostarse, Mr. de Valançay presentó la camisa al duque, y observó que con arreglo á los preceptos de la más exacta cortesía matrimonial, se había hecho afeitar completamente el cabello.

Luis XV reconoció el matrimonio, pero siempre negó el título de alteza á Mad. de Montesson.

Durante este tiempo proseguía la lucha entre Mr. de Choiseul y el duque de Aiguillon.

Digamos algo de Armando Vignerod Duplessis, duque de Aiguillon, que representó tan importante papel en los últimos años del reinado de Luis XV y cuyo hijo fué tan tristemente célebre en los primeros días de la revolución francesa.

El duque de Aiguillon nació en 1720 y figuró, siendo aun joven, en la corte, en la cual fué presentado con

el título de duque de Agenois. De este mismo llegó á enamorarse Mad. de Chateauroux, que se desmayó en presencia de Luis XV al saber que había salido herido en el ataque del fuerte Delfin, adonde le envió el rey para separarle de su favorita.

Ya se recordará que Mad. de Chateauroux, al contrario de Mad. de Pompadour, era anti-austriaca. El duque de Aiguillon participaba de sus principios, que eran también los de su tío, el duque de Richelieu, de modo que perteneció naturalmente al partido del delfin y fué antagonista de Mr. de Choiseul y de los parlamentos.

Cuando el de Bretaña empezó á rebelarse contra el rey oponiéndose á algunos decretos rurales, el duque de Aiguillon, comandante militar de la provincia, desplegó en ella un vigor tan severo, que le enajenó las voluntades naturalmente independientes de los bretones, los cuales fueron injustos para él. Cuando en 1758 hicieron los ingleses un desembarco en Bretaña, el duque de Aiguillon los batió en Saint-Cast y les obligó á reembarcarse : los bretones sin embargo pretendieron que el duque no había sacado de la victoria todo el partido que debía esperarse, y que no había tenido personalmente parte en ella, acusándole de que durante el combate había permanecido en un molino.

— Mr. de Aiguillon se ha cubierto de gloria en la batalla de Saint-Cast, decian delante de Mr. de la Chalotais.

— De harina querréis decir, contestó el procurador general del parlamento de Bretaña.

La palabra era dura y Mr. de Aiguillon, que nunca la pudo digerir, redobló su severidad.

Entonces se encarnizaron contra él los bretones y

por su parte le acusaron de exacciones y de infidelidades, solicitando su desgracia, y ayudando de esta manera á Mr. de Choiseul, quien por instinto sentía la necesidad de inutilizar para siempre al duque de Aiguillon, y hacia todo lo posible para conseguirlo. Obligado á luchar á un tiempo contra el primer ministro y contra el parlamento, el duque de Aiguillon puso en juego todos sus recursos, y acusó á la Chalotais de que formaba parte de un complot cuyo objeto era derribar la monarquía. La Chalotais fué preso y se convirtió en idolo del parlamento. El tumulto arreció en Bretaña, y el duque de Aiguillon estableció un simulacro de parlamento, que se vió escarnecido, hasta que, cansado por fin el gobierno, reemplazó en Bretaña al duque de Aiguillon con el de Duras: este relevo, que era un golpe para el duque, dió nuevas fuerzas á los parlamentos, los cuales redoblaron sus quejas contra Aiguillon. Por último, el parlamento de París avocó á sí el proceso sobre concusiones del duque, y se declaró contra el acusado, á quien amenazó con herirle judicialmente. Entonces fué cuando Aiguillon y su tío el duque de Richelieu, reconocieron la urgencia con que debían crearse un apoyo en el ánimo de Luis XV, y sacaron á la escena á Mad. Dubarry.

Ya se echa de ver que la intriga habia tenido un éxito maravilloso. Mr. de Aiguillon obtuvo del rey, por Mad. Dubarry, una orden que anulaba todos los procedimientos: el parlamento por su parte, anticipándose á la sentencia que queria pronunciar, promulgó un decreto, que declaraba al duque de Aiguillon prevenido de un hecho, que ensuciaba su honor, y le suspendía de los honores de la pairía hasta la conclusión del proceso.

Por única respuesta á este edicto, el rey convocó en Versalles un tribunal de justicia, en el cual tomó asiento Mr. de Aiguillon entre los pares.

Esto es lo que habia acontecido antes de la época á que hemos llegado.

Maupéon, hijo, era quien dirigía al parlamento de París, como su primer presidente, pero tenia miras más altas.

Quería ser canciller de Francia.

Á fin de que no se le escapasen los sellos, ofreció á Mr. de Choiseul su apoyo contra el duque de Aiguillon, á éste sus servicios contra Mr. de Choiseul, y sostenido así por las dos partes contrarias, obtuvo el cargo que apetecía, por dimisión de su padre, que le desempeñaba...

Era hombre de cincuenta años y de mediana estatura: parecia horrible á sus enemigos, á pesar de sus hermosos ojos, llenos de fuego y de expresión. Su fisonomía revelaba alguna severidad y era de un temperamento bilioso, que le daba un color amarillo verdoso, por lo cual le llamaba el mariscal de Brissac el presidente *abigarrado*. El sobrenombre obtuvo gran boga, y el presidente se vió precisado á hacer lo que hacen los actores en el teatro, esto es, á llenarse el rostro de coloreté. De este modo era su exterior menos sombrío, y su pico de oro se encargaba de atraer hacia sí á cuantos aquel exterior corregido no habia podido conquistar.

Al mismo tiempo era insinuante, flexible, ambicioso de elogios, y sumamente amable con todas las personas que se los prodigaban. Nombrado primer presidente, preguntó á un hombre de confianza qué era lo que de él se pensaba en palacio: éste al principio esquivó una contestación categórica, pero obligado á

explicarse, le declaró al fin, que en concepto de todos pasaba por hombre altánero é insoportable.

— ¿Nada más que eso? respondió el primer presidente; pues bien; pronto variará su opinión.

Y en efecto, desde entonces fué cariñoso, afable y aun humilde: á todos cuantos clérigos encontraba al paso sonreía graciosamente, saludándoles con mucha cortesania. Como hombre de gran penetración, había previsto el porvenir, calculando que un ministro viejo nunca podría tener tanta influencia como una querida joven, y por consiguiente, no bien fué nombrado canceller, cuando se acordó de Mad. Dubarry, y para no asustarla abandonó la larga toga y la carroza de ébano de los guarda-sellos del reino. Por último, se divertía, como un simple mortal, con el negro y el mono de la condesa, con Zamora y Mistigri, mientras el primero le comía los bombones y el segundo le quitaba de la cabeza su espesa peluca.

Llamaba también á Mad. Dubarry, *prima mia*, alianza menos desproporcionada al fin que la de María Teresa de Austria con Mad. de Pompadour.

Al mismo tiempo se trabajaba con el mayor empeño para hacer que Mr. de Choiseul cayese de la gracia de Luis XV.

El abate de Broglie, encargado de la correspondencia de los Negocios extranjeros, vendido á los agentes secretos que espiaban cuanto sucedía, y los embajadores de las potencias amigas, demostraron al rey que Mr. de Choiseul era más adicto al Austria que á la Francia. Mad. Dubarry había conseguido también el retrato de Van-Dick, que representa á Carlos I y es hoy uno de los más apreciados adornos de nuestro museo; al momento mandó colocarlo enfrente del sofá, en que el rey solía sentarse.

— ¿Qué pintura es esa? preguntó Luis XV.

— Es el retrato de Carlos I, señor.

— ¿Y para qué está ahí?

— Para recordaros la suerte de aquel desgraciado.

— ¿Con qué motivo queréis recordarme su suerte?

— Porque ella será la vuestra, señor, si no destruis el parlamento.

Un día creyó el rey que había mejorado mucho la cocina de Mad. Dubarry.

— ¿Qué novedad es esta? preguntó Luis XV.

— ¡Oh! Estoy mejor servida de manjares desde que he despedido á mi Choiseul. Y vos, señor, ¿cuándo despediréis al vuestro?

Remitieron al rey una nota, que probaba del mejor modo que pueden probarse estas cosas, que Mr. de Choiseul había recibido de María Teresa la oferta formal de una pequeña soberanía, garantizándole su perpetuo dominio en su familia, si llegaba á indemnizar á la casa de Austria de la pérdida de la Silesia.

El duque de Richelieu, el de Aiguillon y la favorita, sólo llamaban á Mr. de Choiseul el *rey Choiseul* ó el pequeño rey.

En fin, la duquesa de Grammont, que recorría las provincias y sublevaba los parlamentos, se dejó sorprender una carta, que fué remitida á Mad. Dubarry.

El rey encontró á ésta una mañana entreteniéndose con dos naranjas, y le preguntó qué nuevo juego era aquel.

— Un juego de trampas, le contestó entregándole la carta de Mad. de Grammont; esto sucedía el 24 de diciembre de 1770.

Cansado hacía mucho tiempo de todas aquellas quejas que se elevaban en su alrededor, el rey no

deseaba sino una ocasión, y aprovechó la que se le ofrecía.

En su consecuencia escribió lo siguiente :

« Primo :

» El descontento que me causan vuestros servicios, me obliga á desterraros á Chanteloup, para donde partiréis dentro de veinticuatro horas; os hubiera enviado mucho más lejos si no fuera por el particular aprecio que profeso á Mad. de Choiseul, cuya salud me interesa sobremanera. Cuidad de que vuestra conducta no me obligue á tomar otro partido; por lo demás, primo, pido á Dios que os proteja.

« Luis. »

Acto continuo tomó otro papel y escribió á Mr. de Praslin estas dos únicas líneas :

« No necesito ya de vuestros servicios, y os mando salgáis para Praslin en el término de veinticuatro horas. »

Mr. de Choiseul disponía de poetas, enciclopedistas, filósofos y periodistas, y todos á una palabra suya pusieron el grito en el cielo; de modo que hubiera podido creerse perdida la Francia á causa de la desgracia acaecida á uno de los hombres más antifranceses que existían. De aquí resultó que el *donec eris felix* de Ovidio fué en aquel momento el proverbio más falso del mundo, pues al contrario de los demás hombres, Mr. de Choiseul contó mayor número de amigos en la época más tormentosa de su vida.

Más hubo aun en favor de Mr. de Choiseul; la fide-

lidad á la desgracia, que no era otra cosa sino la oposición contra Mad. Dubarry, llegó á hacerse moda. La vispera de su caída no era Mr. de Choiseul más que un ministro, y al día siguiente se encontró jefe de partido y adquirió el poder de un hombre que representa una idea. Los parlamentos sintieron la conmoción de su desgracia, y comprendieron que la persecución contra ellos iba á tomar un carácter serio; desde luego la caída de Mr. de Choiseul era la elevación de Mr. de Aiguillón, y la elevación de éste era la ruina de los parlamentos.

He aquí cómo se expresaron las memorias contemporáneas :

« Jamás perdió la silla ministro alguno de igual manera, pues fué un triunfo su desgracia; aunque no se le permitió recibir á nadie durante su permanencia en París, inmensa multitud de gentes de todas clases hicieron inscribir sus nombres en la portería de su casa, y el duque de Chartres, su amigo particular, salvando todos los obstáculos, fué con las lágrimas en los ojos á arrojarle en sus brazos. Al día siguiente, que era el de su marcha, todos aquellos que no habían podido ver la vispera al duque de Choiseul, salieron al camino que se hallaba intransitable con una doble fila de carruajes. »

Nada absolutamente asustaron estas demostraciones al duque de Aiguillón: recogió animoso y sin titubear la carga que acababa de deslizarse de los hombros de Atlas, y tomó para sí el ministerio de Estado, decidiendo en unión del canciller Maupeón, formar un triunvirato cuyo tercer miembro debería ser el abate Terray.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

Ya hemos dicho quiénes eran el duque de Aiguillon y el canciller Maupeón, veamos ahora quién era el abate Terray.

El abate Terray era un hombre descuadernado, horrible, con los ojos hundidos, y que se expresaba con dificultad, pero dotado por la naturaleza de salud robusta, de temperamento vigoroso, de concepción pronta, de inteligencia fácil, y de excelente tino, sobre todo en negocios. Encargado desde mucho tiempo en palacio de los asuntos más delicados y espinosos, sus mismos enemigos admiraban la pureza, la precisión, el desarrollo exacto y lógico de su estilo; cuando los bandos opuestos le iban á ver para instruirle de los medios de su causa, resumía el pró y el contra del negocio con una lucidez tal, que la convicción del derecho recaía en aquel mismo á quien era perjudicial: por lo demás era hombre de ingenio y sumamente decarado.

— ¿Qué tal os parecen las fiestas de Versalles? preguntó Luis al abate Terray.

— No hay con qué pagarlas, señor, contestó éste. Habían costado estas fiestas veinte millones.

— Mas en verdad, abate, le dijo el arzobispo de Narbona, vos sacáis el dinero de los bolsillos.

— ¿De dónde diablos queréis que lo saqué? respondió sencillamente el abate.

Algunas veces clamaban contra él, á lo cual solía decir:

— Es necesario dejar chillar á quienes se desuella.

Los parisienses usaban y abusaban del permiso.

— El abate Terray no tiene *fe*, decían, nos quita la *esperanza* y nos reduce á la *caridad*.

Una mañana apareció cambiado el nombre de la

calle Vide-Gousset (1), cuya inscripción había borrado por la noche algún chusco y sustituidola con la de: calle Terray.

En cuanto á lo demás era muy versado en materias de hacienda y manejaba el dinero con el desprecio de un hombre que no ha hecho en toda su vida otra cosa; suprimía, creaba de nuevo, amortizaba, reducía, percibía un tercio, un cuarto, una mitad, imponía una contribución nueva, aumentaba otra antigua, sabía exactamente qué carga y hasta dónde la podía soportar ese pobre jumento con albarda que se llama pueblo; y todo esto con la facilidad más inaudita. Hacia clamar á la prensa, puso en libertad á una porción de gentes que estaban en la Bastilla sólo por haber murmurado del impuesto; se burlaba de las lisonjas que le prodigaban, y repetía por doquiera el dicho de aquel ciudadano, que al creer iba á ahogarle la multitud que se agolpaba á la entrada del teatro de la Ópera, exclamó: « Que no estuvierais aquí, señor abate Terray, para que nos redujeseis á la mitad. » Tenía corazón de bronce, no por inhumanidad, sino por lo impasible de su carácter, y castigó como á la persona más desconocida, á su amante la baronesa de Lagarde, convicta de haber ejercido un merodeo subalterno, sacrificándola públicamente para que no sospecharan pudiese él tener la menor inteligencia con ella. Era, en fin, hombre de las circunstancias, y hubiera degollado á amigos, parientes, hermanos, y hasta á si mismo en aras de la necesidad.

Terminemos por último este capítulo con el retrato del ministro caído, trazado por el mismo Luis XVI.

Cierto es que éste retrato era de 1777, pero aunque

(1) Vacía-bolsillos.

escrito siete años antes de la época de que vamos hablando, este es el lugar que debe ocupar naturalmente.

« Había dotado la naturaleza al duque de Choiseul de lo que raras veces concede á los cortesanos, ó mejor dicho, de lo que la frivolidad de su educación, la corrupción de las costumbres, la molicie del genio, impiden tener casi siempre, y sofocan en lo general, esto es, su carácter.

» Atrevido, emprendedor, resuelto, tenía un fondo de energía que daba cabida en su alma al orgullo; contaba con medios suficientes para que le juzgasen con ventaja.

» Tenía tal cantidad de energía, de amor, de gloria, y tal firmeza una vez decidido, que desafiaba los obstáculos y salvaba los escollos, creyendo los negocios posibles en el mero hecho de haberlos concebido.

» El duque de Choiseul era de genio atroz, no ardrándole nada para llevar adelante el plan que se había propuesto, y al propio tiempo tenía el carácter de las personas débiles cuando se valía de otras manos para obrar de oculto.

» Tenía un carácter peculiar, que nunca he podido definir, cuando prodigaba las mercedes del Estado en provecho único de un gobierno extranjero, y cuando prefería las recompensas eventuales, las recompensas positivas de que podía disponer.

» En un país donde son temidos los adversarios, el duque de Choiseul se había procurado amigos entusiastas que le hacían temible hasta el punto de tener á raya la majestad real.

» Antes de elevarse el duque de Choiseul, no descuidó ninguno de los medios de agradar á la favorita

del difunto rey, y llegado á la altura que había apetecido, no dió paso alguno con otra favorita á fin de sostenerse. Hay un no sé qué de intratable y de inflexible en el carácter de este hombre que no puede serle peculiar sino para ciertos negocios.

» Por otra parte no han quedado más monumentos de su peligrosa administración que esa roca del Mediterráneo, ensangrentada durante dos homicidas campañas, y conquistada por último á gran precio para no ser de producto alguno, sino por el contrario, para acarrear continuos gastos.

» La supresión de los jesuitas sólo ha producido un vacío, que ninguna otra corporación ha podido llenar aún, con gran detrimento de la educación de la juventud y de la bella literatura.

» Su liga con los parlamentos destruyó muchos lazos que unían los súbditos á su soberano. Tan pronto era necesario disolver aquellos tribunales de justicia como restablecerlos. Esta llaga no se sondeará sino con mucha prudencia y no menos tiempo.

» Su alianza con la casa de Austria es buena por haber hecho cesar el azote de la guerra con esta potencia, lo cual nos permite hoy perseguir á los ingleses sin peligro de ataques; pero esta alianza es contraria á nuestros intereses por su grande novedad, y porque permite á los emperadores hacer impunemente en Europa todo el mal que tienen interés en hacer á nuestras antiguas amistades del Norte.

» El casamiento de la reina es enteramente obra suya, pues él le negoció y terminó con la intención de fortificar aquella alianza; pero es muy esencial observar si el influjo de esta unión no aumentará quizá los perjuicios particulares que hemos encontrado en esta negociación.

» La guerra de siete años que ha dirigido el duque de Choiseul es, con vergüenza de la Francia, otro azote.

» Para reparar los males y el oprobio que de ella han resultado á esta nación, ha sido necesaria una segunda guerra.

» La filosofía ha sido sostenida y protegida por el duque de Choiseul. Los motivos de esta conducta no han podido penetrarse aún, como tampoco los de otras grandes operaciones de su administración; el resultado es la creación en Francia de un partido con el cual ha llegado á ser necesario tratar alguna vez, ó usar de contemplaciones. Ha inoculado la filosofía en algunos miembros de la clerecía francesa, lo cual es en política un fenómeno nuevo.

» Se echa en cara al duque de Choiseul, y esto hasta públicamente, manejos de otra especie. Cuando uno ó varios crímenes enormes son problemáticos para la multitud, la naturaleza de estas maldades prohíbe ocuparse de ellas, y es preciso contentarse con deplorar en secreto la perversidad de los tiempos y de los hombres.

» La Francia ha resistido el golpe de estado de Mr. de Choiseul, y las funestas operaciones que le han sido dictadas algunas veces tocante á la política por las potencias, ó por una de ellas con la cual debemos estar en cordial inteligencia, sin que por eso dejemos de observarla con cuidado.

» Si fuera hoy ministro Mr. de Choiseul, é imaginase operaciones del género de la anterior, ¿podría resistir aún la Francia? Para disfrutar en paz esta nación de sus riquezas territoriales, de su industria, de su fuerza relativa, no necesita sino tranquilidad, prudencia y una acertada dirección en el gobierno.

Un ministro inquieto, vano y ambicioso, en lo concerniente á los negocios de la política especulativa, hará siempre la desgracia de la Francia; Mr. de Choiseul desde el principio de su ministerio, hasta el momento de su destierro, se ocupó sin cesar en destruir cuanto el saber, la experiencia y los principios de los tiempos pasados habían establecido, y en restablecer todo aquello que los principios, la experiencia y el saber tenían arrinconado.

» El gobierno había trabajado incesantemente en mantener sumisos á los parlamentos, y Mr. de Choiseul ne dejó un instante de incitarlos contra la administración.

» Desde hace muchos siglos, el gobierno era en Europa el protector de las potencias de segundo orden, y Mr. de Choiseul ha concluido un tratado con el Austria, que invade aquellas potencias cuya amistad y apoyo nos eran tan necesarios.

» En todo tiempo había concedido el gobierno su especial protección á esa célebre compañía que educaba á la juventud, en la sumisión y en el conocimiento de las artes, de las ciencias y de las letras; Mr. de Choiseul entregó esta compañía al encono de los parlamentos, sus enemigos, y abandonó la juventud al sistema de la filosofía ó al influjo de las peligrosas opiniones de los parlamentos.

» El gobierno hizo cuanto pudo, así para sostener en el Norte la monarquía prusiana, como para equilibrar allí por este nuevo estado la superioridad de los enemigos naturales de la Francia: y Mr. de Choiseul ha prodigado nuestros tesoros y nuestra población militar, para destruir aquella monarquía en provecho de nuestro enemigo natural.

» Jamás ha consentido el gobierno á los escritores

dar al pueblo ideas contrarias á la forma dichosa y pacífica de la monarquía, tal como en Francia existiera; y Mr. de Choiseul incitó positivamente á los filósofos modernos, á los jansenistas, á los parlamentos contra la constitución actual del Estado, contra la Iglesia y contra la autoridad real.

» También Mr. de Choiseul trabajó siempre en los departamentos que han estado á su cargo, para *destruir* todo cuanto más sabiamente halló *establecido*, sin que jamás haya llegado á *edificar* la menor cosa, sino:

» *La insurrección de los filósofos y del parlamento*: es necesario moderar esta peligrosa emoción.

» *La insurrección de nuestra enemiga natural contra nuestro antiguo amigo* el rey de Prusia, y otros Estados de segundo orden; es preciso buscar medios de conciliación con el rey de Prusia.

» *La preponderancia marítima* de los ingleses es el resultado de la guerra desastrosa que Mr. de Choiseul sostuvo contra ellos. Necesitamos restablecernos con la dignidad de que somos susceptibles en el estado de prosperidad y de comercio marítimo de que hemos disfrutado en tiempo de Luis XIV, y cuya decadencia empieza en la época de esta malhadada guerra de siete años.

» Mr. de Choiseul ha sido en Francia un extranjero, cuyo corazón ha estado constantemente fuera del departamento confiado á su dirección, lo cual induce á saber si Mr. de Choiseul puede volver al ministerio ofreciendo seguridad á la Francia. La profusión ha introducido el desorden en las rentas; se ha destruido nuestra marina en tiempo de su administración.

» Nuestras tropas han sido derrotadas á cada paso en el continente; ha influido en todos nuestros asun-

tos una antigua rival. Mr. de Choiseul, pues, ha sido el azote de la Francia y de sus diferentes administraciones. »

Por lo demás, en su destierro de Chanteloux, Mr. de Choiseul devolvió á Luis XV el desprecio por el destierro, y al delfín la injuria por el odio.

He aquí lo que decía de Luis XV:

« El rey era muy osado para hacer mal, y sólo para esto tenía valor; además, el mal que hacia le procuraba un gran placer en su existencia, y una especie de exaltación muy parecida á la cólera. Entonces conocía que tenía una alma, pero no la empleaba en hacer bien. »

El ministro caído no hablaba mucho mejor del delfín, á quien según su dicho, Mr. de la Vauguyón sólo hablaba de su nacimiento y de la omnipotencia real, á la que nada debía resistir.

Añadía que el augusto discípulo del duque tenía poca gracia, era grosero, de mal gusto en cuanto á mujeres, y repetía sin cesar é inútilmente como un refrán estas tres palabras:

Ba. — Baca. — Bacala.

Juzgando así del porvenir, por la falsa educación que el delfín había recibido, y por los malos ejemplos que le daba el rey, se expresaba de este modo el duque:

« Si el príncipe sigue como hasta aquí, es de temer que su imbecilidad y el ridículo desprecio, que será su consecuencia, produzca naturalmente en este imperio una decadencia que destruya el trono del rey Luis XVI. »

Mr. de Choiseul pudo ser mal ministro, pero según se ve fué demasiado buen profeta.

Mas no se había hecho todo con derribar á Mr. de Choiseul, pues quedaban en pie los parlamentos.

El duque de Choiseul había sublevado la magistratura contra la autoridad absoluta del rey: resolvióse por lo tanto la abolición de dicha magistratura. También se cambió la política seguida hasta entonces por Mr. de Choiseul con las potencias europeas.

El rey de España, inducido por el duque, estaba á punto de romper con la Inglaterra, pero no bien se supo en Madrid la caída del segundo, cuando aquel gobierno dió al de la Gran Bretaña una satisfacción cumplida acerca de las islas Falkland y el puerto de Egmond, que eran la causa de sus quejas, y ni aun quiso examinar la naturaleza de sus derechos.

Mr. de Choiseul, según el sistema austriaco, trataba á las potencias de segundo orden con un desprecio que contrastaba singularmente con la protección que la Francia había concedido siempre á estas potencias; mas así que cayó Mr. de Choiseul, Ibrahim Effendi, enviado del bey de Túnez, fué recibido á la audiencia del rey. Gustavo, príncipe hereditario de Suecia, recibió una acogida digna de la antigua alianza que ha unido siempre la Suecia á la Francia. Ultimamente se verificó una alianza oficial con el rey de Cerdeña por medio del casamiento de *Monsieur*, hermano menor del delfín, con una princesa de la casa de Saboya.

Hemos dicho que se había resuelto la abolición de la magistratura, cosa por cierto más fácil de resolver que de ejecutar.

La magistratura era omnipotente, y el rey, á quien por burla se llamaba *Luis el Benigno*, era débil.

Los parlamentos contaban con la mayoría de los pares, cuya adhesión les había procurado el duque de Choiseul; contaban con el apoyo de la casa de Austria, que secretamente repartía entre los consejeros muchos miles de libras; y contaban, en fin, con los jansenistas, quienes en todo tiempo y en todas ocasiones les habían apoyado con la corte de Francia y contra la corte de Roma.

El duque de Aiguillon, jefe del partido antiparlamentario, estaba sostenido:

Por Mad. Dubarry, cuyos favores dividía con el rey.

Por el canciller Maupeón, que presentaba sin cesar á Luis XV los parlamentos como capaces de renovar la tragedia de Carlos I.

Por el abate Terray, cansado de los gritos y de las quejas que aquellos parlamentos lanzaban sin cesar contra él.

Por el arzobispo de París Mr. de Beaumont, que después de diez años apelaba á sus decretos.

En fin, por los jesuitas, que lloraban sobre las ruinas de sus establecimientos destruidos.

Los partidos se hallaban frente á frente: estaban tomadas las disposiciones para el ataque y la defensa, y no podía tardar en darse la batalla.

Diez y seis días antes del destierro de Mr. de Choiseul, el parlamento de París había cesado en sus funciones, y todos los parlamentos de las provincias levantadas contra el rey habían multiplicado las representaciones, á cada una de las cuales decia Mad. Dubarry.

— Otro paso más para destrozarnos, señor.

El canciller Maupeón dió orden al parlamento de

volver á desempeñar sus funciones si no queria incurrir en la cólera del rey.

El parlamento contestó que aguardaba sumiso, pero sin obrar, los acontecimientos que le amenazaban.

Estaba arrojado el guante á la autoridad real y le recogió el duque de Aiguillon.

Señalóse la noche del 19 al 20 de enero para la ejecución del proyecto decretado.

Despertóse á todos los magistrados á media noche en nombre del rey; penetraron los mosqueteros en sus habitaciones, y presentándoles la orden de volver á desempeñar sus funciones, reclamaron de ellos esta sola respuesta, sin rodeo ninguno: *si ó no*.

Obedecieron algunos; pero reunidos á la mañana siguiente, se afirmaron, ratificaron, y negaron por unanimidad.

Esta negativa fué seguida inmediatamente del decreto del consejo que declaraba confiscados sus cargos, los mosqueteros que se habian presentado ya en sus casas lo hicieron de nuevo con órdenes de destierro, á las cuales fué preciso obedecer sin dilación. En lugar del parlamento se instaló el gran consejo que debía reemplazarlo.

El arzobispo de París, en medio de la exaltación de su triunfo, celebró la llamada misa encarnada, y el nuevo parlamento fué bautizado en plena sesión con el nombre de parlamento Maupeón.

Empero ocurrió entonces una gran división en los príncipes de la familia real, el conde de la Marche, hijo del príncipe de Conti, y el conde de Artois, á quien Mr. de Maupeón habia prometido la mano de MADEMOISELLE, reconocieron el nuevo parlamento. El duque de Orleáns, impulsado por Mad. de Montesson, cedió momentáneamente; pero Mr. de Conti no quiso oír

hablar de ningún arreglo con la nueva magistratura. Mr. de Clermont, siguiendo el ejemplo de Mr. de Conti, protestó contra lo que acababa de hacerse, y enfermo de peligro, murió sin que el rey, que le guardaba rencor por su oposición, enviase una sola vez á preguntar por su salud.

Los pares protestaron igualmente contra la ruina de la antigua magistratura; pero sólo por mera fórmula.

En cuanto á los parlamentos de provincia fueron disueltos sin oposición ninguna.¹

Así se verificó este grande acontecimiento, del que Mad. Dubarry fué el principal móvil, recogiendo el fruto de él el duque de Aiguillon.

La Francia, decia Mad. Dubarry á Luis XV, *se llevó la trampa con su última época.*

Otras muchas cosas, como se ve, *se habia llevado la trampa con la última época de La Francia.*